

IN ILLO TEMPORE

Acerca de “El exilio de Schrezade” de Adolfo Colombres

El mito, la repetición... *resiste el tiempo, su realidad se ve duplicada por la perennidad* escribe Mircea Eliade en su libro “El eterno retorno”. Y explica que aquellos actos humanos que no dependen del puro automatismo, alcanzan otra significación, otro valor, porque no están vinculados con fuerza física sino con la calidad que les da el ser repetición de un acto primordial, repetición de un ejemplo mítico. De tal manera renueva una comunión. Los actos se reiteran porque fueron consagrados en el origen (en aquellos tiempos) por dioses, antepasados o héroes.

Éste es el enfoque que me interesa ante la novela de Adolfo Colombres, la cual puede ser leída desde varios ángulos. Con este enfoque sostenido surgieron en mí varias preguntas, o acaso sea una sola, fragmentada en busca de la respuesta. ¿No es que todos tenemos personajes míticos o fantásticos en nuestro imaginario?, ¿alimentamos aquellos recibidos como herencia o elegimos otros, inventados o apropiados?, ¿no será que toda esta realidad convive con otro mundo llamado fantástico que se origina en nuestra mente y se traslada a la oralidad o a la escritura, o queda apresado en sueños que sin querer vamos transmitiendo, de generación en generación? Es un merodeo interrogativo, podría calificarse de ontológico, como aquella pregunta borgeana, ¿somos lo soñado o quien sueña?

Yasmine es el personaje e hilo conductor, personaje con cuerpo y habla. Su alma es el habla, una oralidad constructora y destructora a la vez.

La realidad de Yasmine lo es en función de la repetición de actos que concibe como sagrados, su verdad. El sentido de su vida es sostener un tiempo fuera del tiempo y, por lo tanto fuera del espacio, porque la vida sucede desde otro lugar en su lugar- otro, retenido en la imaginación.

Adolfo Colombres ha dicho sobre esta novela: *el propósito es rendir homenaje a los aportes culturales de la inmigración sirio-libanesa, tomando tanto la vertiente pobre, que fue mayoritaria y ascendió socialmente mediante el comercio, como la culta y refinada, poco conocida, que trajo a varios escritores que fundaron diarios bilingües (en árabe y español) y hasta ateneos literarios. Junto a esto, quiero rendir también homenaje al imaginario narrativo que viene de los persas y por el año mil de la era cristiana fue adoptado y enriquecido por los árabes.*

Dicho imaginario da cuenta, no sólo en lo literario y lo pictórico sino también en otras múltiples manifestaciones (la cocina con sus especias, las joyas y adornos, la riqueza sensual de la música y la danza, la arquitectura, los muebles y alfombras, mil tipos de armas y objetos suntuarios), del más alto grado de lujo y refinamiento alcanzado por la especie humana. Esto es lo que fascina a Yasmine, el culto a los cinco sentidos que se desprende de las manifestaciones de esa cultura, una sensualidad y un erotismo que no se libra a lo puramente sexual, pues El sexo es más bien aludido con divertidas metáforas que mostrado, muchas de ellas tomadas de libros antiguos y otras recreadas a partir de dicho sustrato. Yasmine no es una ninfómana, sino una ávida de juegos refinados, donde la magia de la palabra parece superar todo acto.

Volviendo a Mircea Eliade: aquí se trata de los tres conceptos equivalentes: los **antepasados** son **dioses** y **héroes**, viven, hablan y actúan en el imaginario de Yasmine. Ella no encuentra su identidad sino en la medida en que participa, recrea, nutre, goza, repite, una existencia anterior, alimento recibido de su abuela Amira, representando aquí la fuerza de los ancestros. Es la fuerza de una cosmovisión sensual transmitida para su permanencia. Renacen entonces derivaciones de los cuentos de *Las mil y una noches* como el único camino para esa vida matrimonial cercana al paraíso con su esposo Omar.

Uno de los mitos más vivos del mundo oriental vuelve con esta novela de Adolfo Colombres, casi una excusa narrativa para establecer -aquí, en Argentina- el ambiente fantástico que sirve de metáfora.

Las posibilidades que ofrece su dominio en el relato son variadas y notables. La Historia queda subordinada a esa facultad de mantener vivo un tiempo anterior y los personajes se mueven en un no—tiempo dentro del cual los acontecimientos pueden corregirse o modificarse a gusto. Contar historias mantuvo viva a Sherezade durante 1001 noches.

(cito pag 39, volver a contar la historia)

Porque ése es el sentido de la existencia, y volvemos a encontrarnos con de Mircea Eliade.

El lenguaje y su obra —la literatura— permite vencer el paso del tiempo y su tiranía; los mitos clásicos también pueden regresar como filtrados por la óptica de quien observa a los descendientes de árabes, tan parecidos entre nosotros y -al menos en mí- sin ser muy conscientes de semejantes similitudes.

Las circunstancias son otras en América y el «realismo mágico o fantástico» parece regresar pero lo cierto es que su vuelta aparente viene producida, en este caso, por una concepción particular no del espacio sino del tiempo.

En definitiva, los paisajes y sus gentes no ofrecen, en sí, componentes mágicorealistas sino resulta que el tiempo, su discurrir y los sucesos aportan un extrañamiento próximo a lo mágico y, al mismo tiempo -como si fuera un acorde- el mundo mágico está instalado en su plenitud.

Entonces ocurre una cierta fragilidad en el hilo narrativo dada por las irrupciones fantásticas de los mismos personajes.

Por otra parte, a través de la historia de Yazmine, cada capítulo contiene otro gran componente sherezadiano con el cual -adrede, clara y expresa intención del autor- la fantasía sirve como espejo en el que, habitualmente, puede contemplarse la realidad desde otras caras o, mejor dicho: desde otras voces.

Ya no es sólo Sherezade quien cuenta sino Amira, Omar, Aslán, el ratón mágico, y así en el discurso del narrador se contienen el suyo propio, el de las leyendas de sus tradiciones, el de la historia ancestral, el de los personajes de la literatura y la cultura contemporáneas y más aún el discurso de la mitología clásica árabe. Se aúnan y entrelazan esas múltiples voces de diversas edades y diversas relaciones con la realidad, porque es importante notar cómo cada uno de estos solitarios personajes de la novela adopta un matiz diferente para instalarse en esta tierra. Por momentos se nos presentan como capaces de convivir armoniosamente, de conversar y disfrutar (hay una escena bellísima en el Libro Uno, capítulo “Ceremonias”, pág 67, sobre la actitud al reunirse).

Pero convengamos que si bien conviven están solos cada vez que cada uno de ellos cae en sus silencios y son silencios diferentes. El abuelo Aslán busca encuentro con esa realidad del paisaje en sus silencios. Mariam, la madre de Yazmine silencia y cumple con lo cotidiano. La realidad es una nebulosa para todos los personajes y cada uno tiene, como dije antes, un contacto diferente, pero de alguna manera lo tiene.

Yazmine en cambio dice: *“yo no pertenezco a país alguno, el único pasaporte que tengo es el que me dio la vida. De todas maneras no nací para la grandeza sino para las pequeñas cosas, esas hebras de paja que todos desdeñan, pero que cuando se juntan con otras pueden detener a los elefantes. Mis armas son los sentidos. Con ellos es posible cambiar el mundo si se logra destaparlos”*. Yazmine no quiere ver el mundo de

afuera, esto que llamamos la realidad. Si algo está pasando “afuera” de ella no tiene validez.

¿Es realmente una “autista” Yazmine o se compone a si misma como un collage de personajes deseados?

Hago una digresión, porque en este momento recuerdo dos versos de un poema de Olga Orozco que vienen a punto de almíbar: ... *la realidad, sí, la realidad, un sello de clausura frente a todas las puertas del deseo...* Así encontramos a lo largo de la novela varias frases de Yazmine que expresan lo mismo.

Adolfo Colombres nos ofrece un mundo donde todo resulta creíble. Narra entremezclando las voces y a su vez dándoles la materia de sus propios relatos imaginarios. Es aparente el difuso límite entre fantasía y realidad. Colombres nos lleva de la sensatez del abuelo Aslán hasta Sinbad el Marino como un personaje real que convive con Fátima, la hija de Yazmine. Todos danzan en un sitio geográfico elegido al azar, un espacio que es tiempo anterior, el de la tierra perdida más que lejana. Así también se presentan los muñecos de la infancia detenida, las voces de poetas como Gibran o Abu-Novas.

Si me ocupo de interpretar, resulta que tengo caminos dobles, porque los sucesos de esta historia son excusas para llegar al mundo interior de Yazmine y a la voluptuosidad del mundo libanés. Al mismo tiempo son realidades que se provocan unas a otras como un efecto dominó. El desenlace está claramente anticipado por el autor desde los primeros capítulos. (leer frase página 14)

Nosotros, lectores, podemos optar por el disfrute maravilloso del mundo contenido en su total sensualidad y entender el final de la historia como la única posibilidad, a la manera en que suceden las películas para niñas de este siglo, con una moraleja encubierta: puesto que *el deseo puede mover montañas, pero no es más que una sombra flotante, o está destinado a convertirse en eso....* (Pág. 134, consejo de la abuela Amira)

Dije nosotros, lectores, sin diferenciar el origen. Porque aquí la novela puede ganar profundas y mayores interpretaciones. Es en este punto donde mi lectura se convirtió en un disparador de recuerdos, comprensiones e infinidad de preguntas acerca de mis padres, aquella manera de encarar una cuestión, aquella manera -en especial de mi madre, nacida en Argentina- de pretender alejarse de su origen, repitiendo tantas veces las mismas palabras de Omar: “esta tierra nos pertenece, no

somos inmigrantes... por mucho que juguemos con el sentimiento de exilio.”

Pero mal que nos pese, somos hijos o nietos de exiliados.

Y ¿repetiremos las historias del origen para sostener el origen?

¿Hasta qué punto?

Es seguro que heredamos, así como los rasgos, la piel, la voz grave y sensual, el gusto por los sabores de la comida típica, también la tristeza o cierta melancolía de un mundo donde las palabras, las sedas, la música, los inciensos, la reunión alrededor del narguile, esa suavidad y esa pasión que también contienen mucha pérdida y acaso heredamos más que la pérdida: el deseo de comenzar de nuevo en *una tierra sin historia* (como dice Amira), comenzar de nuevo cada día, y con el cielo dividido.

Yazmine es educada por mujeres y alude al matriarcado cuando está embarazada de Fátima. El mundo de los varones: el padre, el abuelo, también Aníbal, su hermano, se contraponen con rotunda sensatez al alucinante despliegue de la fantasía. Ahora que escribo estas palabras recuerdo la voz de mi padre diciéndome “vos fuiste criada en cuna de oro” y hoy me pregunto ¿cuál cuna de oro nombraba mi padre trabajando en tres lugares y enseñándome a ser feliz sin un centavo en el bolsillo? Precisamente ésa: la que sensatamente le señala el abuelo Aslán a Yazmine: un camino posible donde el placer de observar en silencio los pájaros y la naturaleza pueda encontrar en este mundo la libertad, pero esa otra libertad que excede el mundo mitológico donde se extiende la maravilla y todo puede ser posible pero concluye siendo asfixiante.

Por eso Omar es el personaje que evoluciona. Porque es quien más goza, alimenta y recrea el mito, lo sostiene como núcleo de su vida, es el varón entregado, hasta que gana su condición de sensato, la comprensión de que en verdad existe algo más que lo gestado en la mente.

Entonces, según el autor y según la tradición árabe, los hombres son los realistas, los sensatos y las mujeres son quienes alimentan las formas, sostienen el placer. Para los hombres árabes por eso las mujeres son más débiles, porque viven sostenidas por el deseo.

(buscar otro fragmento... s/ el deseo) *para sufrir no tienes más que desear lo que nunca te pertenecerá por entero* (pag 77)

Omar evoluciona porque hace un clic, comienza a observar los estados de Yazmine cuando ésta queda embarazada. Omar puede verse a sí mismo. No necesita enamorarse de otra mujer, sino salir del mundo subterráneo. Un mundo irreal que a fuerza de ser alimentado termina por enloquecer.

El universo árabe, el alimento de los sentidos, los deseos, los antiguos personajes siempre presentes, sostiene también al lector a través de la vida de estos personajes. Las escenas “reales” que inmediatamente desfiguran en escenas fantásticas tienen un montaje cinematográfico. Todo nos resulta sencillamente real porque, como toda buena obra literaria es creíble y la gozamos como una película fantástica de este siglo XXI.

Y para cerrar:

Hay un concepto en el sentido religioso-antropológico dado por Mircea Eliade que considera “las concepciones fundamentales de las sociedades arcaicas” y sostiene “su rebelión contra el tiempo concreto, histórico; su nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, al Tiempo Magno”. Sin embargo no estamos aquí frente a una sociedad arcaica, sino a una sociedad de un refinamiento superlativo. La pérdida de aquella tierra, de aquel aire, ¿es lo que mueve a la abuela Amira a educar a sus mujeres en esas cunas de oro donde los perfumes y los sabores y sobre todo la lentitud para llegar al éxtasis pareciera el mayor aprendizaje y por tanto el mayor riesgo de enceguecer?

IN ILLO TËMPORE es el estado feliz, la vida ideal, el origen, la matriz.

El universo presente, en donde Yasmine niega posibilidad de goce, pero más aún: de vida, se convierte en un juego para sostener el sufrimiento de la pérdida (y también la pérdida de aquel tiempo de sus ancestros), la pasión es drama que Yazmine alimenta así como antes sostuvo el placer de la vida en las lejanas tierras árabes.

¿Cómo se mantiene un origen si no es con rituales y ceremonias? ¿Cómo se recuerda lo que fuimos si no fotografiamos aquella imagen?

Posiblemente tratando de recordar pero como siempre la memoria es imprecisa, subjetiva, sostiene la recreación de lo que fueron los ancestros, o queremos imaginar sobre ellos. Esa recreación puede ser una pintura o un registro musical, una comunión cotidiana con el origen que corrige la imagen del espejo.

Acaso cada memoria sea el recuerdo de un deseo inconcluso y entonces la voz de una Fátima crecida pueda validar un nuevo territorio.

María Neder
Buenos Aires, noviembre de 2009